

INFANTIL



© Del texto: 2015, Yuan Fuei Liao

© De la ilustración: 2015, Guillermo Pérez, Tulio Matos, José A. Polanco, Ruddy Núñez, Osvaldo Flores y Gabriel Núñez.

© De esta edición:

2015, Editorial Santillana, S.A.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-560-6

Registro legal: 58-347

Impreso en República Dominicana

Ilustración de portada: Guillermo Pérez

Primera edición: mayo de 2015

Primera reimpresión: abril de 2017

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

*Para Juan Francisco, Josué
y otros pequeños gigantes,
clowns por naturaleza,
que me enseñan sin intención
ni pretensión ni tensión.*

Índice

El recolector de palos	11
El ladroncillo de sombras	14
La tienda de calzados	21
Bla bla bla	25
Abracadapalabra	33
El árbol que se convirtió en animal	37
Brindis para Doña Amanda, reina de Salilú	40
El ventilador que se mareaba	46
Imagina	50
Mono Polio y Mono Sílabo	53
Aquiles, el del pie ligero... ¿pesado? ¡Ligero!	59
El libro que se negaba a abrirse de noche	63
La ventana exige vacaciones	69
Los soñopolitanos y sus sueños	73

El recolector de palos

*Narraba cuentos para dormir a los niños
y despertar a los adultos.
Tanto contó que terminó soñando,
mientras a su lado todos despertaban.*

EL CUENTACUENTOS

Érase una vez un ser humano que le encantaba pasear por los parques recogiendo «palos»; así llamaba a las pequeñas ramas que, a golpes de ventarrón, se desprendían de los árboles para reposar en el suelo. Era tanto el entusiasmo de su labor, que fue llamado «el recolector de palos».

Levantaba palos grandes y palos chiquitos y los iba juntando en cualquier asiento de cualquier parque. Y lo hizo un día y otro y otro, con el suelo seco o con el suelo mojado... Todos los viandantes que se topaban con él se sorprendían al ver el ánimo con que coleccionaba palos. Incluso muchos se motivaron y se le unieron en su tarea.

Alguien se preguntaba por qué esta persona recogía palos: ¿con qué intención lo hacía? ¿Será porque deseaba hacer fuego? No, no era pirómano. ¿Será porque era un estudioso de las ramas? No, no era científico. ¿Será porque quería construir una casa para las aves de la ciudad? No, no era arquitecto. ¿Será porque necesitaba crear una obra de arte? No, no era artista.

«El recolector de palos» amontonaba palos sólo por puro placer. Sencillamente por eso: por ninguna otra razón más que el simple gusto de recoger palos...

Es una historia real: «el recolector de palos» se llama Juan Francisco, mi hijo de dos años de edad.

Los niños tienen la cualidad de admirar cualquier cosa por lo que es, aunque esta no tenga ningún fin utilitario. Ellos fácilmente disfrutan de la vida y creen en lo increíble. Llevando a mi hijo a los parques, aprendí de él a gustar de todo sin necesidad de porqués. Me ha rescatado el deseo de regresar a mi niñez: ahora soy un exniño aspirando a ser más niño, soy un ser humano aspirando a ser más humano.

Es por todo eso que escribí estos cuentos. Es cierto que

los hice para dormir a Juan Francisco, a Josué y los demás niños; pero sobre todo los inventé para despertar mi niño interior, para ayudarme a recuperarlo y ser recolector de palos o eco-lector de historias. O quizás es mejor decir que los escribí sin ningún porqué, sólo porque sí.

«Cuentos sin ningún porqué» es parte de mi reencuentro con la capacidad de asombro, con la mirada contemplativa de los pequeños, con pasear por los parques sin porqués, con el niño que hay dentro de mí y con el que está fuera de mí, con sus porqués y sus ningún-porqués.

Y. F. L.

El ladroncillo de sombras

Desde que era muy pequeño, Esteban soñaba con poseer el cariño de todos. Cuando no lograba ser el centro de atención, se entristecía. Las personas se alejaban de Esteban, precisamente por su reiterado énfasis en despertar el interés de todos hacia él. Ya siendo un niño grande, seguía empeñado en llamar la atención.

Un día soleado, Esteban contemplaba cómo las personas buscaban la sombra para resguardarse del calor. Entonces tuvo una idea:

—Si me apodero de muchas sombras, atraeré mucha gente hacia mí.

Se dedicó a acechar las sombras ajenas, para robarlas. Primero usurpó la sombra de un compañero del colegio.

